

Matteo Tomasoni

EL CAUDILLO OLVIDADO

VIDA, OBRA Y PENSAMIENTO
DE ONÉSIMO REDONDO (1905-1936)



MATTEO TOMASONI

EL CAUDILLO OLVIDADO

Vida, obra y pensamiento
de Onésimo Redondo (1905-1936)

GRANADA, 2017

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Imagen de cubierta:

Onésimo Redondo (de pie, segundo desde la izquierda)
acompañado por algunos jonsistas de Valladolid. Tierra de Campos, aprox. 1932

Diseño de cubierta:

Virginia Vílchez Lomas

© Matteo Tomasoni

© Editorial Comares, S.L.

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 • Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

<http://www.editorialcomares.com> • E-mail: libreriacomares@comares.com

<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>

ISBN: 978-84-9045-498-5 • Depósito Legal: Gr. 274/2017

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

A
Ana

Alle haben recht – niemand ist gerecht
Todos tienen razón – nadie tiene la razón

CARLO MICHELSTAEDTER, *La persuasión y la retórica*

SUMARIO

AGRADECIMIENTOS.	IX
PRÓLOGO. Onésimo Redondo y los cánones del fascismo español, <i>Ferran Gallego</i>	XIII
INTRODUCCIÓN. Un legado político <i>sui generis</i>	1

I

EL HIJO DEL CAMPO CASTELLANO

1. UNA FORMACIÓN AL SERVICIO DEL ESTADO (1905-1923)	11
1. Del campo a la ciudad	11
2. El primer contacto con la sociedad: la oposición para Auxiliar de Hacienda y el periodo salamantino	18
2. LOS AÑOS UNIVERSITARIOS: ENTRE ESPAÑA Y ALEMANIA (1923-1928)	21
1. Descubriendo la pasión por la política.	21
2. Un viaje a Mannheim: la aproximación a la cultura alemana.	27
3. EL ADELANTO POLÍTICO. ABOGADO, SINDICALISTA Y PROPAGANDISTA CATÓLICO (1928-1931)	39
1. Aproximación al método sindical	39
2. Del sindicato al partido: la conformación del primer núcleo doctrinal y la cuestión agraria.	42
4. EL NACIMIENTO DEL JONSISMO (1931-1932)	49
1. En la espiral política de Acción Nacional y los efectos del 14 de abril	49
2. La aparición de las primeras Juntas.	53
3. Construyendo el proyecto nacionalsindicalista: acción y doctrina de las JONS.	64
5. UN TRASLADO INESPERADO: EL EXILIO A PORTUGAL (1932-1933).	73
1. Acción y propaganda de las JONS: hacia el golpe de Sanjurjo	73
2. El destierro en Portugal: el comienzo de una nueva etapa política	80
6. ENTRE RAMIRO Y JOSÉ ANTONIO: CONFIGURANDO AL FASCISMO ESPAÑOL (1933-1935)	97
1. Las elecciones de 1933 y la aproximación a Falange	97
2. La unificación y la puesta en marcha de FE de las JONS.	105
3. El partido de masas que no pudo ser: Onésimo entre dos fuegos	109
4. El abandono de Ledesma y la fascistización de Falange	114
7. EL ÚLTIMO CAUDILLO (1935-1936)	121
1. De revolucionarios a subversivos	121
2. Una larga estancia en la cárcel: la vida del jefe en los calabozos de la República	133
3. Los cinco días del ‘Caudillo de Castilla’: del auge a la muerte	145

II

BASES PARA UN PENSAMIENTO POLÍTICO

8. CASTILLA EN ESPAÑA: PROYECCIÓN NACIONAL Y CRÍTICA AL SEPARATISMO	157
1. El concepto de nación en Onésimo Redondo	157
2. El separatismo, mal endémico de España	171
9. ENTRE TRADICIÓN Y REVOLUCIÓN. CATOLICISMO, DISCIPLINA Y MÉTODO VIOLENTO	183
1. El dogma católico como estilo de vida	183
2. Estudio y justificación de la violencia	196
3. Instrumentalización de la violencia: disciplina y acción política	202
10. LA REVOLUCIÓN NACIONAL SINDICALISTA DE ONÉSIMO REDONDO	213
1. Origen y evolución del sindicalismo nacional	213
2. Los cimientos de la revolución: actuación juvenil y formación universitaria	224
3. La revolución económica: de la reforma agraria al corporativismo nacional	233
11. CARACTERÍSTICAS DE UN PENSAMIENTO SINGULAR	247
1. Origen y rasgos del antisemitismo español	247
2. La ‘cuestión judía’ en Onésimo Redondo.	252
3. Complot y lecturas obligadas: «Los Protocolos de los Sabios de Sión»	262
4. La República como problema.	269
CONCLUSIONES	281
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	291
ANEXO FOTOGRÁFICO	301
ÍNDICE ONOMÁSTICO	309

AGRADECIMIENTOS

Han pasado casi diez años desde que escuché por primera vez el nombre de Onésimo Redondo Ortega. Recuerdo que fue en un pequeño despacho de la Universidad de Bolonia, durante una soleada tarde de mayo. Sentado en su silla y con su inconfundible acento *romagnolo*, el profesor Luciano Casali —con quién había cursado aquel estupendo monográfico titulado *Storia della Spagna contemporanea*— sacó de un cajón algunas fotocopias y me preguntó si me interesaba echarle un vistazo. Vi que se trataba de una copia de las ‘Obras Completas de Onésimo Redondo’, un texto editado en 1954 que el profesor había sacado de alguna biblioteca y sobre el cual pensaba hacer —antes o después— algún trabajo de investigación. Tras un breve silencio y con mis ojos aun puestos sobre el índice, el profesor Casali me dijo que este libro podía ser el punto de partida de mi trabajo final de carrera y tal vez una excusa perfecta para volver a España donde había estado dos años antes. Lo que más me llamó la atención es que Luciano tenía un profundo interés en este personaje: apenas existían biografías sobre su vida, poco o nada se sabía de su pensamiento y por lo visto habían desaparecido —sin dejar ningún rastro— algunos de sus escritos, como era el caso del semanario *Igualdad*. Por entonces aún no sabía que la investigación que iba a empezar en aquel momento duraría tanto tiempo; terminé la carrera con un primer trabajo sobre la vida de este desconocido dirigente nacionalsindicalista, para después emprender una investigación mucho más detallada que ocupó toda la etapa doctoral. Lo más curioso de esta historia es que llegué casi al final de mis indagaciones con mucho material inédito, pero sin haber encontrado aún alguna fotocopia de lo que acabé por llamar el ‘semanario desaparecido’. Tardé un poco más en darme cuenta, pero el tan buscado *Igualdad* apareció en el único lugar donde no había aún mirado: durante todo este tiempo había estado encerrado en un pequeño armario del archivo familiar y a nadie se nos había ocurrido abrirlo; ‘cosas de la vida’, dicen. Por fin, años después de aquel encuentro de Bolonia, ha llegado el momento de compartir con el lector el resultado de esta larga investigación y sobre todo aportar mi pequeño grano de arena en el estudio de uno de los autores menos conocidos y ‘más controvertidos’ del fascismo español.

* * *

Quería comenzar agradeciendo a Luciano Casali por haber sido quién ha inspirado este trabajo desde los inicios hasta el final. De no haber sido por él, jamás hubiese emprendido esta ‘aventura’ buscando el rastro de Onésimo Redondo entre España, Alemania e Italia. Sin sus consejos, sus reflexiones y sobre todo sus profundos conocimientos sobre el tema, no estaríamos ante esta publicación.

La larga investigación que siguió al periodo *bolognese*, me puso en contacto con el que en Valladolid ha sido mucho más que un simple ‘tutor’ del doctorado: Ricardo Martín de la Guardia. A él debo mucho de lo que está en este libro, pero también quiero agradecerle públicamente por su competencia, disponibilidad y la continua supervisión de mi tesis doctoral, imprescindible punto de partida de este libro.

Tampoco estaríamos ante esta publicación de no ser por la fundamental ayuda que me ha ofrecido Doña María de las Mercedes Redondo Sanz-Bachiller. Tras nuestro primer encuentro —hace ya tiempo— tuve la oportunidad de vivir en primera persona y a su lado el hallazgo del fondo documental más importante de esta investigación, que se compone en su casi totalidad de material inédito. Tengo una deuda enorme con Mercedes y su familia, por lo que quiero agradecerles por confiar en mí y apoyar desde el principio este trabajo que por fin llega a su fin.

Asimismo, es mi deber recordar a Miguel Ángel del Arco Blanco —mi editor y compañero del oficio— quien, a pesar de todos los problemas y retrasos que le he causado, ha mantenido firme su voluntad de apoyar esta publicación e insistir en lo que hoy ya es un libro ‘hecho y derecho’.

Con el paso del tiempo otras muchas personas se han sumado a este difícil camino que emprendí en su momento, ayudándome en la investigación y mejorando los resultados de mi estudio con importantes sugerencias historiográficas y metodológicas. Mi profunda gratitud a Javier Rodrigo Sánchez, Ferran Gallego Margalef y Francisco Morente Valero de la Universitat Autònoma de Barcelona, Joan María Thomàs de la Universitat Rovira i Virgili, Alfonso Botti de la Università degli Studi di Modena e Reggio Emilia, Xosé Manoel Núñez Seixas de la Ludwig-Maximilians-Universität München, Eduardo González Calleja de la Universidad Carlos III de Madrid, María Concepción Marcos del Olmo, José-Vidal Peláez, Rafael Serrano García y Guillermo Pérez Sánchez de la Universidad de Valladolid, José María Faraldo Jarillo de la Universidad Complutense de Madrid, Maximiliano Fuentes Codera de la Universitat de Girona, Miguel Ángel Ruíz Carnicer de la Universidad de Zaragoza, Francisco Cobo Romero de la Universidad de Granada y Giuliana di Febo de la Università di Roma Tre.

Asimismo, no puedo olvidar otros tantos compañeros del oficio que —pese a sufrir una situación tan precaria como la mía— han estado siempre presentes. Han sido muchas las ocasiones, sobre todo en congresos y seminarios, en la que nos hemos reunido para confrontarnos y debatir temas relacionados con nuestros estudios; pues de allí han surgido muchas de las reflexiones que se incluyen en este libro. Me refiero

a los compañeros del doctorado en historia contemporánea: Rodrigo González Martín, Esteban Elena González, Iris Pascual Gutiérrez, Darío Díez Miguel y Santiago Revilla Ramos; pero también a los historiadores Steven Forti, Carlos Domper Lasús, David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra, Romina de Carli, Ángel Alcade, Nicolás Sesma Landrín, Paola Lo Cascio, Javier Muñoz Soro, Carlos Hernández Quero, Daniele Serapiglia, Claudio Hernández Burgos, Isaac Martín Nieto, Enrico Acciai, Edoardo Grassia, Carlos Hudson, Marco Abram y Tommaso Baldo.

Una especial mención en estos agradecimientos va a César Rina Simón: por su monumental tarea de revisión de este libro, pero sobre todo por su profesionalidad, fiabilidad y por la amistad que me ha demostrado durante todos estos años. No puede faltar un agradecimiento también a la Redacción de *Diacronie – Studi di Storia Contemporanea*, y a Juan Pérez Andrés, director y compañero de la revista *Zibaldone – Estudios italianos*.

Quedan finalmente por recordar Ana, compañera de vida y de esperanzas, mi hermana Barbara y mis padres Ermanno y Luisa que todo lo han sacrificado por estar a mi lado e indicarme el camino. A vosotros, mi *grazie* más profundo, pero sobre todo mi eterna gratitud por enseñarme que nada nos puede detener.

PRÓLOGO
ONÉSIMO REDONDO Y LOS CÁNONES DEL FASCISMO ESPAÑOL

Ferran Gallego

De las tres figuras más abiertamente vinculadas a los años fundacionales del fascismo español, Onésimo Redondo ha sido el que menos atención ha recibido por parte de la historiografía. Comparte con José Antonio Primo de Rivera y con Ramiro Ledesma Ramos ensayos hagiográficos de guerra civil y posguerra, y superó en mucho al zamorano en la liturgia conmemorativa del régimen cuyas bases ideológicas ayudó a constituir. Pero incluso en esos espacios oficiales, su posición fue sumamente discreta. Nunca pudo disputarle a Primo de Rivera su perfil carismático y su nivel jerárquico en la galería de precursores del «nuevo Estado». Nunca consiguió compensar su relativo abandono en los ámbitos propagandísticos del falangismo franquista con el prestigio de inconformismo, rebeldía y heterodoxia que ha acompañado siempre a Ledesma Ramos. La potencia integradora del primero y la reputación intelectual del segundo merecieron siempre un lugar que la historiografía académica ha reforzado con sucesivos estudios biográficos y análisis de su obra respectiva, mientras la trayectoria de Redondo y sus aportaciones a la organización y a la doctrina del nacionalsindicalismo permanecían en la sombra. O, peor aún: se mantenían lejos de esa primera fila de rivalidad complementaria en que han sido estudiados los dos caudillos polares del fascismo español, y quedaban en un segundo plano, atestado de actores memorables, aunque secundarios, en los años que dieron molde a FE de las JONS. Paradójicamente, quizás solo su muerte similar, en las jornadas iniciales de la guerra civil, le permitió alcanzar un rango en la saga de los mártires fundadores del movimiento nacional, evitándole la postración en importantes cargos públicos del régimen, gratificantes pudrideros para los restos mortales del heroísmo de los años de lucha. Sin embargo, aquella vida cancelada antes de llegar a su madurez nunca fue contemplada con esa nostalgia que exageró seductoramente la doble frustración de la muerte prematura de Primo de Rivera o de Ledesma Ramos, acompañada de imaginativas rectificaciones en la marcha del franquismo: la presunta integración patriótica que habría proporcionado el Jefe Nacional al nuevo régimen, o el espíritu social revolucionario que habría impreso el zamorano en la trayectoria de la España del 18 de julio.

Esta marginación política, doctrinal e incluso biográfica de Redondo no parece disponer de rigor, desde el punto de vista historiográfico, ni de funcionalidad legitimadora, desde la mirada que los ideólogos del «nuevo Estado» lanzaban al periodo fundacional del nacionalsindicalismo. Si consideramos la importancia relativa del jonsismo vallisoleitano hasta la primavera de 1936, difícilmente puede aceptarse la escasa atención prestada por la investigación profesional a la vida y obra del «caudillo de Castilla». Si tenemos en cuenta la doctrina del fascismo español, tal como alcanzó su plenitud institucionalizada en el régimen de Franco, no parece que el perfil de Redondo pudiera resultar tan molesto como sucedió con la trayectoria y el discurso de Ledesma. Y, sin embargo, la edición de sus *Obras completas*, publicadas a mediados de los años cincuenta, se interrumpió en el segundo volumen, justamente al llegar al momento de la unificación de Falange y las JONS. Lo cual parece atestiguar ese carácter simplemente precursor, de primer esbozo y de interesada pérdida de perfil propio, que permitía considerar satisfactoria una edición de los textos doctrinales de Redondo liquidada en el momento en que el nacionalsindicalismo se sumía en el receptáculo organizativo, doctrinal y de liderazgo falangista. Esta última cuestión hace coincidir la propia memoria del franquismo con las actitudes de un sector importante de la historiografía, española o internacional, al proponer el análisis de FE de las JONS de acuerdo con dos características complementarias: lugar hacia el que necesariamente debían dirigirse los diversos espacios de propaganda y movilización fascista de los años iniciales de la República; y zona exclusiva en la que había de vivir un proyecto político y una identidad cultural identificables con el breve periodo de independencia del fascismo en España. Como ocurrió con la experiencia de *La conquista del Estado*; como pasó con los esfuerzos organizativos que culminaron en la fundación de Falange, la campaña nacionalista de *Libertad y de Igualdad* en Valladolid se contempló como preludeo, sin más interés, ni auténtico significado histórico que el punto de consumación al que se orientaba: la formación del primer partido fascista unificado.

Las condiciones de la fusión, además, tampoco ayudaron a poner de relieve la aportación doctrinal y política de Onésimo Redondo. Algo reticente a aquel proceso, quedó fuera de su Triunvirato de mando: el lugar reservado en él a un dirigente de las JONS quedó en manos de Ledesma, mucho más propicio a la unidad, tanto por su indudable superioridad táctica, como por haber sido requerido a seguir ese camino por los sectores monárquicos alfonsinos que daban apoyo a sus empresas editoriales. Su figura quedó al margen de los conflictos fundamentales que sufrió el reciente partido hasta la escisión ledesmista. Y fue su negativa a seguir a su viejo compañero en la reconstrucción de unas JONS «auténticas» una de las causas determinantes del fracaso de la operación. Con todo, tal lealtad no dio relevancia a la figura de Onésimo en la organización nacionalsindicalista contemporánea, en la construcción simbólica del régimen, ni en la historiografía posterior. Por el contrario, mantenerse dentro del partido pareció restarle un espacio doctrinal o estratégico que lo identificara en el seno de la Junta Política, a diferencia de lo que sucedía con el círculo madrileño de Primo de Rivera o con el interés singular del impulso ideológico del Ledesma, que editó sus dos libros fundamentales para la historia del fascismo español en el año que siguió a la ruptura. Redondo compartió tribuna con Primo de Rivera en el importante acto

del cine Madrid del 19 de mayo de 1935, aunque el relieve de esta participación queda matizada por los discursos de otros miembros de la dirección —Ruiz de Alda, Mateo, Valdés y Fernández Cuesta—, que hicieron más visible la postergación de Redondo, y que justificó su presencia solamente como vestigio de unas JONS cuya plena continuidad en el partido deseaba subrayarse a tan pocas semanas de la escisión. El cierre del semanario *Libertad* por el Jefe Nacional, además de los problemas financieros del periódico, podía mostrar una evidente pérdida de posición de mando en el partido, haciendo de *Arriba* su portavoz exclusivo, y marginando a Redondo de una presencia relevante en actos de tanta proyección como los discursos de clausura del II Consejo Nacional. Redondo nunca llegaría a alcanzar la condición de número dos que Ledesma había mantenido, incluso después del I Consejo Nacional de octubre de 1934, y esta circunstancia suponía la pérdida de cualquier rasgo identificativo de las JONS castellanas en la trayectoria falangista posterior. En cualquiera de las direcciones posibles, y en especial en lo que afecta a la investigación académica, el interés especial de Onésimo Redondo parecía haberse extinguido por la propia dinámica de los acontecimientos internos del partido.

Con todo, algunas cuestiones pueden explicar la incomodidad de su figura para la liturgia del franquismo. Redondo fue siempre un líder castellano, cuyo hispanismo imperial, de base duramente regionalista, no casaba muy bien con un nacionalismo español más arraigado en la perspectiva de los círculos culturales y políticos de la capital. Lo que podía contemplarse como la principal virtud del caudillo vallisoletano (su actividad sindical en un organismo de pequeños y medianos agricultores) también podía verse como una servidumbre local y sectorial de Redondo que nada tenía que ver con la posición de los otros máximos dirigentes del falangismo, libres de tales condicionantes de base y, por tanto, presentables como dirigentes de una causa que se situaba por encima de todo interés de clase o de territorio. La dinámica del nacionalsindicalismo vallisoletano no había sido la misma que la de las escuáldas JONS madrileñas o la del movimiento falangista organizado en 1933. A esas particularidades, que se compensaron en poca medida con la autoridad que podía proporcionar a Redondo su condición de jefe con «mando en plaza», dado el breve tiempo que transcurrió hasta la guerra civil, se sumaron su constante afirmación de la autonomía del jonsismo agrario, su desprecio de la política tal como se entendía en los círculos madrileños, e incluso su desdén por un falangismo identificado con el «fascismo», aspectos que no podían pasar desapercibidos a los celadores de la memoria del régimen. Más que en la incómoda proliferación de textos antisemitas por Redondo, es en estos temas donde pueden hallarse justificaciones a una negligencia tan acusada.

En cambio, el desdén de la investigación universitaria puede hallarse en otros aspectos, que se refieren a las formas canónicas con que ha venido caracterizándose el fascismo español, de forma diversa y con una fuerza de análisis creciente, pero con una lealtad inconvencible a algunos rasgos que han fijado la posición histórica del falangismo en la crisis de los años treinta. En esta versión, que reduce el espacio del fascismo español a las vicisitudes de las organizaciones nacionalsindicalistas, y que considera su cultura política plenamente cristalizada en su trance fundacional, Onésimo Redondo aparece siempre como el contrapeso rural, conservador y católico a las actitudes urbanas, revolucionarias y laicistas

del círculo madrileño de Ramiro Ledesma. Tal yuxtaposición se ha venido considerando más como un sincretismo funcional, que servía para llegar a dos tipos de público distintos, que como parte de un largo proceso de integración ideológica y política, cuyos conflictos, equilibrios y mutua matización habrían de explicar la formación del movimiento fascista. Ni siquiera la confortable presentación del falangismo joseantoniano como una superación de los dos factores opuestos del jonsismo resulta de mucha utilidad en el análisis de este periodo constituyente. Primo de Rivera no obtuvo su liderazgo gracias a su capacidad de establecer un punto medio ideal entre las actitudes más tradicionales de Redondo y las más revolucionarias de Ledesma. Su triunfo en la lucha por el poder en FE de las JONS obedeció a la dinámica de un grave conflicto de la organización, solo comprensible en la crisis española de finales de 1934 y en la correlación de fuerzas del partido provocada por aquellas circunstancias. El ideario del Jefe Nacional se formó en una evolución propia, que es también muy reveladora de un ciclo de radicalización de la extrema derecha española, y del modo en que un determinado nacionalismo católico pudo hallar cauce y expansión en el fascismo, un aspecto que incluye la llegada algo tardía de Primo de Rivera al espacio político nacionalsindicalista. Por otro lado, destacar esa polaridad entre Ledesma y Redondo en la fundación de las JONS parece olvidar la diversidad de los dos espacios de referencia y, en especial, las distintas actitudes ideológicas que convivían sin mayores problemas en la redacción de *La conquista del Estado* y en las plataformas iniciales del nacionalsindicalismo. En la constitución del fascismo español, ni Ledesma Ramos puede verse como una excepción modernista y revolucionaria, ni Onésimo Redondo como una singularidad reaccionaria y tradicionalista. Sus trayectorias y, en especial, su proyección en el ámbito político en que desarrollaron su labor de propagandistas, han de contemplarse a la luz de una fluidez cultural más intensa, normalizada en los espacios de la derecha radical española de aquellos años, donde los procesos de agrupación política siempre implicaron la búsqueda de una síntesis doctrinal.

La falta de atención a la figura de Redondo puede haberse agudizado, paradójicamente, por aquello que la hace más atractiva en una visión del fascismo que priorice su carácter de experiencia social concreta. El líder castellano ofrece (y mucho más en determinadas oscilaciones que pueden sembrar la equivocada idea de una cohesión y rigor ideológicos menos contundentes que los de Ledesma o Primo de Rivera) la riqueza y la vitalidad del proceso de fascistización: su relación estrecha con espacios de sociabilidad previa y paralela de la derecha; la dinámica concreta en la que un catolicismo esencial se distancia de actitudes políticas clericales; la asunción de un pensamiento tradicionalista como garantía de un proceso revolucionario nacional; la búsqueda de un frente común de lucha contra la República que permitiera mantener la identidad precisa de la juventud nacionalsindicalista; el doloroso trance de elaborar una cultura propia sin perder nunca de vista la perspectiva de un movimiento nacional unificador; la terca promiscuidad de referentes ideológicos sin caer nunca en un despreocupado y tolerante eclecticismo; el claro arraigo en condiciones vitales concretas (de territorio, de edad, de profesión, de medio cultural) de una evolución política incomprensible fuera de los tan diversos ritmos y espacios de evolución del nacionalismo antirrepublicano español. La aproximación a su biografía, como la que procedería

del análisis de otras peripecias personales, nos empuja a ver un fascismo español que es producto del complejo despliegue de la experiencia de la derecha radical en los años treinta, un fascismo que nace, se desarrolla y llega a su plenitud en el espacio contrarrevolucionario, en los ámbitos sociales, ideológicos y organizativos que fueron tramando, más que una «revolución alternativa», una alternativa política a la revolución en España.

Hace algunos años, se normalizó académicamente la imposibilidad de comprender el régimen formado en la guerra civil sin insertar su constitución en la experiencia del fascismo europeo. Los debates más recientes han ido poniendo de manifiesto la necesidad de replantear el proceso de fascistización durante la Segunda República, en especial en lo que se refiere a las relaciones políticas e ideológicas entre el fascismo y el nacionalismo de la extrema derecha, a la relevancia precisa del falangismo antes del verano de 1936, a la estrategia de FE de las JONS en el segundo bienio, a las condiciones sociales concretas en las que se desarrollaron las plataformas políticas nacionalsindicalistas, y a las peculiaridades del discurso fascista español, en especial en lo que se refiere a su relación con el pensamiento tradicionalista y con el catolicismo. En estos y otros ámbitos se han realizado importantes aportaciones que, manteniendo discrepancias sobre la evaluación general del periodo, han permitido perfilar con mucha mejor sutileza y atenta lealtad a los hechos, lo que fue un movimiento nacional de integración cuya diversidad interna era condición, y no obstáculo, para que llegara a constituirse un régimen de amplia base de apoyo. Parece claro ya que la expansión del fascismo y su capacidad representativa, dentro y fuera de España, solamente puede entenderse por la existencia previa de áreas de radicalización contrarrevolucionaria. También parece asumido que la propaganda fascista no solo fue aceptada a gran escala por poseer una nueva mística nacionalista, sino expresar tantos profundos elementos de continuidad con valores tradicionales. Parece menos aceptado, sin embargo, algo que considero de interés fundamental en la revisión de la peripecia del fascismo español, si desea integrarse verdaderamente en la experiencia fascista del continente. Y es que el partido fascista era uno de los ingredientes del espacio en proceso de fascistización, no un dinamizador y orientador externo. La hegemonía final del fascismo en este ciclo no se debió a la capacidad de imponerse, desde una posición ajena en sus valores culturales y en su proyecto político, a las fuerzas de la extrema derecha, sino a la forma en que determinados aspectos de su doctrina, estrategia y organización (en especial su concepto de la violencia y la militarización de la política, su visión del totalitarismo, su energía militante, su apelación a la juventud y su populismo) le permitieron convertirse en actualizada representación de todas ellas. Para comprender el modo en que se conquistó el poder y se estableció un régimen fascista, habremos de considerar el proceso de su constitución como movimiento de oposición. Desde luego, no para volver a la vieja distinción entre un «fascismo/movimiento» y un «fascismo régimen» que carece ya de virtudes analíticas. Pero sí para aceptar que la función integradora y sintetizadora que se adjudicaba a la etapa estatal del fascismo debe encontrarse en el proceso de fascistización. Lo cual permitirá entender, además de la solidez y duración del sistema de poder instaurado y sus relaciones complejas con la sociedad, cuáles son los diversos niveles de identificación

con el nuevo Estado, y cuáles son las numerosas formas de ser partidario de los principios políticos y los valores culturales que el régimen dijo encarnar.

En este orden de preocupaciones, la figura de Onésimo Redondo desempeña un papel esencial. Y, quizás por ello, el descuido de su obra ha resultado tan lesivo para apreciarlas. La tendencia a considerarlo un autor «menor» entre los ideólogos del nacionalsindicalismo no ha sido nunca expuesta de forma muy clara, pero parece justificar la reiterada falta de estudios sobre su pensamiento. Su marginalidad en la dirección nacional de Falange de las JONS tampoco ha sido invocada, aunque sea una causa probable de la ausencia de trabajos sobre su labor de agitación y organización regional. La clara vinculación de su doctrina y estrategia a los espacios del catolicismo social castellano no ha sido presentada nunca como obstáculo o desaliento de la investigación, aunque sí debe arraigar en ella una cierta percepción de su «excepcionalidad» en el seno de un movimiento cuya ruptura ideológica y política con las diversas familias de la extrema derecha ha querido destacarse en la mayor parte de la historiografía.

La investigación de Matteo Tomasoni proporciona mucho más que el siempre noble y atractivo rescate de un «caudillo olvidado». Nos ofrece un soberbio impulso para plantearse algunas cuestiones cruciales sobre la formación del fascismo en España. La conocí hace dos años, cuando mi amigo Ricardo Martín de la Guardia, director de la tesis doctoral en que se basa el libro, me hizo el favor y el honor de invitarme a formar parte del tribunal que debía juzgarla. En aquel 2014 había publicado yo un extenso trabajo sobre la cultura política del fascismo español antes y después de la guerra civil, pero es preciso afirmar aquí que solo las propuestas interpretativas y el minucioso análisis documental realizado por Matteo Tomasoni llegaron a proporcionarme una visión lo bastante amplia de ese nacionalsindicalismo plural en sus planteamientos, conflictivo en la representación de intereses regionales y sectoriales, distinto en su forma de relacionarse con los factores que serían vertebrales en la constitución doctrinal y las bases del futuro consenso político del régimen. No se trata de una de las habituales hipérbolos de prologuista, sino de la honesta aceptación del permanente aprendizaje en el que consiste nuestro trabajo. Además de ser una sincera y agradable forma de dar cuenta de una deuda intelectual.

La tesis presentaba, como lo hace el libro, el singular hallazgo de un material inédito, guardado durante décadas en un archivo familiar, donde se encontraba la colección del semanario *Igualdad* y un rico fondo de correspondencia. A este descubrimiento se añadía un trabajo capaz de ordenar el difícil encaje, en un solo espacio narrativo, de los elementos biográficos, la crónica política general, el análisis de la estrategia y la exposición del pensamiento de Onésimo Redondo. Una tarea que siempre debe superar la tentación de cristalizar la dinámica de ciclos formativos, o de convertir en necesaria parte de una trayectoria predeterminada lo que eran circunstancias contingentes en la elaboración de una carrera política. Pero que ha de evitar, del mismo modo, la frecuente tendencia absolutoria del biógrafo, que tantas veces rompe el equilibrio entre el necesario punto de vista del personaje histórico y la perspectiva general con la que puede valorarse su existencia pública. Creo que el libro, tras haber destilado aquella tesis doctoral, mostrará a los lectores hasta qué punto su autor ha salido airoso de los riesgos de este género de investigación. Matteo

Tomasoni ha calibrado perfectamente lo mejor que tiene un buen trabajo biográfico: su carácter de labor sobre vidas concretas, sobre experiencias sociales precisas, sobre ritmos temporales y sobre espacios geográficos determinados. Ese carácter de historia social y política integrada, de historia del pensamiento y de la vida cotidiana, de crónica de costumbres culturales y ambiciones políticas, de herencias y de proyectos, de inercias y de rupturas como rasgos de una existencia real, es lo más apreciable en este tipo de aproximaciones. A las que el autor ha añadido su capacidad para no aislar una vida en la clausura de su lógica interna, sino para averiguarla, incluso más allá de lo que pudo detectar la inmediatez de sus contemporáneos, en lo que tuvo de totalidad, de espacio individual en el que los problemas generales de la crisis española de aquel tiempo llegaron a tomar la forma de una conciencia personal. Estamos, por tanto, ante un análisis de la fascistización en la más atractiva y fecunda de sus formas, que es la que arranca de las condiciones, de los acontecimientos, de las vivencias, de los ritmos de evolución precisos. Un mundo elocuente, lleno de arriesgadas tomas de decisión, de incertidumbres, de esa contingencia que parece tan huidiza en numerosos análisis del fascismo, de esa perspectiva adquirida por el propio curso de los hechos y la forma en que estos iban depositando los materiales sobre los que se construyen las correlaciones de fuerzas, las estrategias, las alianzas, la identidad, la idea misma de la revolución nacional.

De especial relevancia me parece el relato de algo que era ya conocido, pero que solo en esta ocasión ha llegado a documentarse y a perfilarse de manera tan contundente. Me refiero a la relación de Redondo con el propagandismo católico y, más allá de él, con los esfuerzos iniciales de reorganización de la derecha española tras la caída de la monarquía. No es una novedad esta estrecha relación: el propio Ledesma la denunciaría tras la escisión de 1935, al narrar en *¿Fascismo en España?* las reticencias del grupo fundacional de las JONS a aceptar en su seno a la organización vallisoletana, tan vinculada a sectores clericales y a intereses «reaccionarios». Con ello, Ledesma parecía ajustar cuentas con Redondo tras la ruptura con Falange, sin apreciar la extrañeza de una crítica ideológica tan poco consecuente con la trayectoria previa de las JONS e incluso con el esfuerzo para ganarse a Redondo en la crisis interna del partido. Pero lo que importa es la forma en que se expone un proceso de educación política, en el que servir a unos mismos valores supone una afanosa búsqueda de compromisos concretos. El Onésimo Redondo que milita en la derecha agraria y agrarista vallisoletana al llegar la República desarrolla su actividad en un espacio de resistencia populista y nacionalista del todo indispensable para que el fascismo llegue a tener oxígeno social y campo de desarrollo posterior. Redondo nunca perdió ese punto de vista unitario de fondo, que le llevó a manifestar la conveniencia de que los diversos sectores de la derecha dejaran de obsesionarse por las coaliciones y las plataformas de convergencia electoral, cuando era mucho mejor que cada uno de los espacios contrarrevolucionarios ocupara el espacio que le correspondía, a fin de lograr una completa representación de los sectores antimarxistas y antiliberales. Que, en aquellos momentos iniciales (a fines de 1931), Redondo llegara a definir el lugar del nacionalsindicalismo como el de la «extrema derecha», nos indica el modo en que se percibía, por propagandistas y lectores de la prensa fascista, no solo un espacio común de pertenencia, sino el margen

que correspondía a cada organización. Haber arrancado de este espacio de acción pública concreta, en defensa del catolicismo y de los ideales del pequeño y mediano campesinado castellano, y comprometerse inicialmente con una plataforma confesional tan vinculada a intereses agrarios conservadores son factores de contraste con otras trayectorias personales del fascismo español. Y tal contraste resulta aleccionador, en especial, porque proyecta la posibilidad de que el falangismo representara a un amplio arco de descontentos que todo el fascismo europeo halló como plataforma inicial de resistencia frente a las revoluciones democráticas de su tiempo.

Un segundo elemento destacable es la existencia de una inquietud estratégica en los cuadros dirigentes del nacionalsindicalismo. Onésimo Redondo nunca se limitó a una tarea exhibicionista, de mera denuncia o de estética rebelde frente al régimen republicano. Era un hombre acostumbrado al pragmatismo de la lucha sindical, aunque trabajara en un sindicalismo muy distinto al de las organizaciones obreras de izquierda. Era, además, un individuo que se había formado en las tareas propagandísticas de masas y que había aspirado a formar una mayoría de oposición en sus primeros escaños electorales. Por tanto, difícilmente podría encasillarse en las actitudes de presuntuoso desprecio de la «pequeña política» con que solían aderezar su propaganda los líderes fascistas españoles. Redondo participó en la conspiración del verano de 1932, saludó y protegió mítines de la derecha, trató de llegar a acuerdos electorales en 1933, y planteó la necesidad de un frente antimarxista y antiliberal mucho antes de que se convirtiera en línea política del partido, en el II Consejo Nacional. Lo hizo, además, teniendo en cuenta una dinámica por la que sentía especial interés: la constitución de una mayoría nacionalista en la Alemania de 1932 y 1933. Tal actitud no procedía de un análisis táctico de despacho, sino de un denso aprendizaje personal en un espacio público que conocía a la perfección y en cuyos ambientes conservadores gozaba de cierto prestigio. Eso no implica que su ruptura política, de partido, con la derecha organizada no fuera tajante. Advierte, tan solo, del error que supondría no tener en cuenta esa visión de campo propio, de espacio compartido en lo sustancial, de enemigos superiores a batir, que creó un territorio de fuerzas indispensable en la configuración del fascismo a ras de suelo, más allá de lo que pudieran ofrecer las propuestas estratégicas nacionales, pero siempre haciendo de estas el resultado de una experiencia social concreta.

La relevancia del fascismo español, su proyección más allá de lo que podría proponer su limitada afiliación, es un tercer aspecto que la biografía de un líder regional llega a plasmar con singular pulcritud. Lo que luego se constituiría en un partido de masas no se limitaba a la militancia estricta del falangismo. Creo que Redondo percibía las posibilidades de realización política de esa influencia o ese lugar común, y que por ello trató siempre de hacer arraigar las proclamas generalistas del fascismo en los datos precisos de una realidad que era, a sus ojos, garantía de que pudiera crearse un movimiento nacionalista de masas. Su empeño en elaborar un discurso castellanista y agrarista no era el producto de una mentalidad provinciana o la inercia residual de una actitud localista, que difícilmente podía tener acomodo en el discurso nacionalista del falangismo. Por el contrario, el regionalismo y el agrarismo castellanista de Redondo construía una política nacionalista desde la raíz, desde la experiencia de las vidas personales, incluso desde los intereses de clase, sobre los que

una reacción contra la República había de hallar una verdadera base de sustentación. Lo que utilizaba como material ideológico era la conversión de estas circunstancias concretas en una mitología imperial, unitaria, antimodernista, cuya validez no se encontraba en su mera formulación retórica, sino en la verdadera dimensión cultural de sus propuestas: es decir, en la creación de un hilo conductor riguroso, movilizador, que unía los temores y reivindicaciones de una clase media rural y de ciudad de provincias castellana con la mística de la violencia política propuesta por un nacionalismo católico, juvenil, rebelde, antiliberal y antimarxista. En este sentido, creo que el análisis del discurso nacionalsindicalista cobra especial vigor recuperando el carácter de clase del fascismo, tantas veces postergado en los debates sobre la ideología y la doctrina de Falange. Esa recuperación, realizada al margen de cualquier burdo determinismo, adquiere un perfil de notable intensidad cuando la clase social deja de ser un simple dato objetivo estadístico e inmóvil para convertirse en modo de vida, que necesita afirmarse sobre principios familiares, sobre el aprecio del lugar que se ocupa en la sociedad, sobre el reconocimiento de antagonismos y solidaridades, sobre la construcción de horizontes morales, sobre la fijación de tradiciones identificativas. Porque sobre esta percepción de una comunidad objetiva, pero también valorada, se produjo el proceso de radicalización nacionalista de los años treinta; sobre ese tejido complejo de espacios materiales y tomas de conciencia, se construyeron las condiciones concretas del proceso de fascistización. Estas condiciones incluyeron las distintas maneras de comprender la construcción de un campo contrarrevolucionario, que no dependían solamente de las relaciones entre el partido fascista y la extrema derecha, sino que correspondían a la diversidad ya presente en la propia organización nacionalsindicalista. Incorporaron, además, los diversos ritmos de incorporación a este espacio común y la mayor o menor impregnación del ideario fascista en cada uno de los sectores que aceptó su liderazgo a partir de la crisis de 1936. Expresaron, por tanto, lo que define con mayor precisión la construcción de una hegemonía, nunca comprensible como mera dirección política o simple «conversión» ideológica, sino una relación orgánica, en la que la capacidad representativa del fascismo se realizó a través de la preservación de viejas identidades, de la conexión entre el nuevo orden y la resistencia de opciones culturales tradicionales, de la vinculación entre el proyecto de la revolución nacional y las distintas facetas de un espacio reaccionario anterior. Ningún movimiento fascista europeo se ha construido de otro modo, y ningún régimen de este carácter pudo sostenerse sin esa heterogeneidad, fiel reflejo de un área social que resultaba imposible disciplinar en torno a una visión idéntica del mundo, pero que resultaba indispensable reunir, en el seno de una inmensa conmoción nacional, bajo la dirección de aquel proyecto político que resultara más congruente con el propio carácter de la crisis para salvar un orden social de sus adversarios comunes.

A esta necesidad de calibrar la especial relevancia de Falange en el último periodo de la Segunda República corresponde una mejor valoración de algunos de los datos de representación política que tenemos a mano, y que han solido ponerse sobre la mesa como demostración incontestable de la pretendida insignificancia del fascismo español antes de la guerra civil. Ya he indicado que, desde mi punto de vista, y atendiendo a lo que fue el proceso de fascistización en Europa, sería un grave error considerar que el espacio fascista

español se reducía al ámbito de Falange de las JONS. Aun así, no creo que los resultados electorales de febrero de 1936 expresaran con tanta claridad como suele decirse (y como lo reitera Matteo Tomasoni) el fracaso del partido falangista cinco meses antes de la guerra civil. Esta ridiculización sirve para justificar uno de los elementos canónicos de la historiografía del fascismo español: la irrelevancia de Falange, llevada ahora a la indiscutible zona de las cifras objetivas, y que pasa a delimitar el carácter marginal y, por tanto, fácilmente neutralizable del fascismo español cuando llegara la sublevación de julio. Como he expuesto mis objeciones en otros lugares, solo me parece oportuno señalar aquí que el marco electoral de febrero de 1936 era el peor escenario posible para un partido como Falange de las JONS. No un escenario difícil, sino el peor. Porque había cogido a Falange a una distancia aún corta tras la crisis interna sufrida a comienzos de 1935, y porque la escisión había provocado una cierta radicalización del falangismo, que buscó algo tan difícil para un partido reciente y pequeño como asegurar una identidad propia y lanzar puentes para su participación en una gran labor de rectificación. A la parálisis política de 1934 siguió la confusión del año 1935, cuya culminación fue la propuesta del Frente Nacional en noviembre y el frustrado intento de lograr integrarse en las candidaturas derechistas para las elecciones generales, fracaso en el que el desorden estratégico de los meses precedentes tuvo un papel relevante. Los resultados no pueden separarse de las condiciones políticas en que Falange llegó a los comicios. Como sería absurdo celebrar una presunta y definitiva hegemonía de la derecha que sí obtuvo una excelente representación parlamentaria, y que fue sometida a un proceso de neutralización y liquidación de proyecto en muy pocos meses, haciendo constar así el peso relativo de los resultados electorales en la dinámica crítica y la correlación de fuerzas de fondo de esta etapa del régimen republicano. Pero tampoco pueden analizarse prescindiendo del marco formal en el que se realizaban: un sistema electoral que convertía en opción suicida cualquier intento de presentar una candidatura al margen de los dos bloques en presencia, y que actuaba con especial dureza en un momento de tan grave polarización. El resultado de la candidatura de Redondo en Valladolid, en estas condiciones, no parece nada despreciable, y se encuentra al nivel de lo que organizaciones fascistas ajenas obtuvieron en momentos poco favorables —sin ir más lejos, el 2,6% obtenido por el NSDAP en 1928, que se reducía a menos del 1% en la mayor parte de los centros urbanos e industriales de Alemania—. Si la capacidad de movilización del falangismo se hubiera reducido a las cifras de adhesión aceptadas al analizar las elecciones de febrero, es de suponer que estaríamos hablando de unas circunstancias muy distintas al llegar la guerra civil. Y un proceso acelerado de «conversión», como hemos visto, me parece mucho menos creíble que la existencia de un espacio de complicidad mucho más profundo y extenso, cuya plasmación electoral, lejos de desmentirlo, lo matiza, fijando la diversidad de un territorio de adhesión al campo nacionalista que, en muy poco tiempo, habría de ser también incorporación al proyecto nacionalsindicalista.

Un último asunto a destacar en el trabajo de Matteo Tomasoni es el análisis del ideario de Redondo, tal y como puede llegar a construirse desvelando los valores permanentes que inspiraron su actividad pública en uno u otro espacio de militancia, en una u otra responsabilidad como propagandista. Destacado ya el agrarismo y el sindicalismo de pequeños

propietarios de Redondo, manifestada ya la importancia de un discurso nacional hispánico procedente del regionalismo castellano, me gustaría poner énfasis en el papel decisivo que el catolicismo desempeñó en la carrera política del dirigente vallisoletano. Creo que en este punto se encuentra uno de los elementos cruciales del debate acerca del fascismo español. La documentación proporcionada por este libro, y el análisis realizado por su autor, muestran la necesaria unidad (ya no la vinculación) entre los valores esenciales del catolicismo y las propuestas del nacionalsindicalismo de Redondo. Difícilmente podía ser de otro modo, si tenemos en cuenta lo que se ha dicho ya sobre un proceso de fascistización que arranca de una trama de experiencias culturales preexistentes. El fundador de *Libertad* no se limitó a «proceder» del catolicismo populista y a mantener el catolicismo como creencia de vida personal, mantenida al margen del proyecto político que estaba construyendo. En ningún momento se convirtió en un defensor de una propuesta «laica», en especial si tenemos en cuenta de lo que esta palabra significaba en los tiempos de la República. En ningún caso consideró que la construcción de un movimiento nacional pudiera prescindir de los valores católicos. Su ruptura con un partido confesional fue el producto de su hastío ante la falta de impulso rupturista de Herrera Oria con el régimen republicano. Y, en todo caso, lo que hay en su actitud es la crítica, realizada desde el punto de vista del catolicismo nacionalista, a las posiciones resignadas del simple clericalismo. Porque para Redondo, como para buena parte de los dirigentes nacionalsindicalistas españoles, la posición de los grupos clericales suponía defender los derechos de un sector de la población y, entre ellos, los intereses materiales de la Iglesia. Una política inspirada por el catolicismo había de ser más intransigente: había de concebir el entero orden social de acuerdo con lo que la moral tradicional católica había sostenido. El fascismo español no se ponía al servicio de una institución ni se humillaba ante una autoridad eclesial ajena al Estado nacional. Lo que hacía era identificar su proyecto con un sistema de valores que habían dado carácter y misión a la historia de España. Esto no procedía de un proyecto planificado desde un laboratorio de ideas o propagado en una publicación más o menos marginal. Esto era el resultado del proceso mismo de fascistización, que siempre debe partir de esas realidades culturales ya existentes, reconocibles, creencias en torno a las cuales los propios dirigentes nacionalsindicalistas habían dado sentido al mundo que les rodeaba, a su patriotismo, a su idea de la justicia, a su defensa de la familia cristiana, a sus esperanzas de trascendencia personal, a sus ideas morales, a su repugnancia frente a una crisis de civilización. En el mundo rural castellano en el que se desarrolló realmente la vida de Redondo, todas estas cuestiones resultaban aún menos prescindibles, aunque no hubiera punto de la geografía del fascismo español en el que pudieran ser ignoradas. Esta conexión resultaba indispensable no solo por una cuestión de nivel personal, sino porque no había otra forma de dar consistencia, visibilidad y credibilidad al proyecto nacionalsindicalista, dadas las actitudes culturales españolas del único espacio sobre el que el fascismo ha crecido como experiencia histórica, que es el de la derecha. A todo ello añadió Redondo algo que Matteo Tomasoni recoge admirablemente: su firme adhesión a la labor crítica de Menéndez Pelayo, y su rechazo amargo de quienes entendieron el regeneracionismo español a la manera de los hombres del 98 y del 14. Sobre esta mutua dependencia del nuevo discurso fascista y el ideario tradicional de un catolicismo

vivo, en el pensamiento, en la elaboración intelectual, en las redes sociales de asistencia y culto, en los rituales, en las prácticas públicas de una religiosidad que deseaban restaurarse como campo de identificación tras el laicismo republicano, se encuentra uno de los temas más apasionantes y fructíferos para comprender el proceso de fascistización en España.

Muchos otros aspectos de este libro me parecen destacables. Uno de ellos es el conflicto entre nacionalsindicalismo y el fascismo, si consideramos algunos elementos que vayan más allá de los riesgos de «imitación» proclamados habitualmente: la tensión ente comunitarismo y estatalismo, el debate sobre la idea de modernidad, el papel del discurso regionalista en el nacionalismo imperial, la cuestión agraria, y el debate sobre sindicalismo y corporativismo en la definición del nuevo Estado. De no menos interés es la cuestión de la violencia, cuya definición en la propuesta de Redondo habrá de compararse con las visiones diversas de Ledesma y de Primo de Rivera, considerando siempre, en el caso del dirigente vallisoletano, la inspiración en las fuentes tradicionalistas —el derecho a la rebeldía contra un gobierno ilegítimo— y el rechazo de las actitudes defensivas con que se convocó la movilización y agrupación del catolicismo en la campaña revisionista. Y, claro está, la disección del antisemitismo de Redondo, tantas veces achacado a su breve estancia en Mannheim y que usualmente se ha relacionado tan poco con uno de los aspectos de la cultura integrista española, como bien apuntó el profesor Alfonso Botti en el acto de lectura de la tesis doctoral que ha originado este texto.

Todas ellas son cuestiones que merecían comentario y que muestran, en su simple enunciado, el yacimiento de reflexiones que el libro de Matteo Tomasoni nos ofrece. La más importante de todas ellas es que disponemos, por fin, de una aproximación rigurosa a una figura indispensable para el conocimiento del fascismo republicano español y, por consiguiente, del régimen constituido en la guerra civil. No creo que la importancia de Onésimo Redondo y de la campaña nacionalista del jonsismo vallisoletano haya sido exagerada para dar mayor envergadura a su investigación. Por el contrario, creo que la obra de Matteo Tomasoni acaba con una marginación desproporcionada, con un silencio carente de rigor, con una despreocupación ajena a la potencia explicativa del complejo proceso de fascistización que tiene la trayectoria personal, social y política de aquel «caudillo» tan oportuna y necesariamente rescatado del olvido.

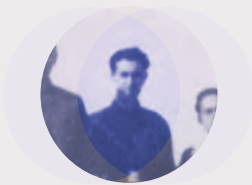
Sant Just Desvern, 31 de diciembre de 2016

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abella García, Ángel, 107
Aguilar Muñoz, Manuel, 266
Aguilar, Mariano, 122
Aizpurúa, José Manuel, 110, 122
Alcalá-Zamora Torres, Niceto, 48, 92
Albiñana Sanz, José María, 4, 56, 60, 76-77, 285
Alfaro Polanco, José María, 122
Alfonso XIII, 41, 251
Alonso Lasheras, Millán, 41-42, 44-45, 47
Álvarez de Sotomayor, Nicasio, 102, 114-116
Álvaro Prieto, Filemón, 41-42
Alzaga, Fernando, 137-138
Aparicio López, Juan, 59, 114
Arelza (de), José María, 36, 53, 64, 89, 94, 113, 115, 132
Ayala Alarco, Ángel, 24-25, 33, 249
Azaña Díaz, Manuel, 48, 67, 92-95, 97, 131, 177-178, 190, 235
Aznar-Cabañas, Juan Bautista, 48
Azorín, 22
- Balmes y Urpiá, Jaime, 3, 23, 249, 263
Baroja, Pío, 22
Bassas Figa, Robert, 122, 125
Belloso, Faustino, 140-141
Benito, Mussolini, 64, 92, 117, 123, 166-168, 209, 220, 241, 243, 277, 288
Benito Alonso, Luis, 83, 93
Berenguer y Fusté, Damaso, 48
Bermúdez Cañete, Antonio, 37, 65
Bravo Martínez, Francisco, 90, 110, 122-123
- Bulnes, Tomás, 44, 52, 81, 95, 135
Burkard, Anton, 28-30, 34, 37-38, 40-41
- Calzada (de la), Luciano, 52, 57, 93
Calvo Sotelo, José, 109, 118, 123-124, 126-127, 143, 146-147, 198, 200, 210, 267, 278
Carretero, Luis, 135
Carrión y Carrión, Pascual, 239
Casares Quiroga, Santiago, 76, 146-147
Ciano, Galeazzo, 123
Companys i Jover, Lluís, 161, 179
Compte Azcuaga, Enrique, 82-83
Comte, Ernst, 221-222, 263
Conde de Romanones, 48
- Darré, Walther, 241-242
Dávila, Sancho, 122, 231
Dávila Yagüe, Mariano, 83, 231
Duguit, León, 165, 221
Domingo Sanjuán, Marcelino, 63, 239
Donoso Cortés, Juan, 3, 22, 185, 189, 263
- Ercilla Ortega, Francisco, 52, 57, 59
Ercilla Ortega, Jesús, 16, 26, 40, 57, 59-60, 65, 80, 150
Ercilla Ortega, Lázaro, 40, 57
Escudero, Mariano, 93
- Fernández-Cuesta, Raimundo, 105, 119, 122-123, 125, 130, 282
Ford, Henry, 253, 264

- Franco Bahamonde, Francisco, 281, 290
 Franco Cereceda, Eduardo, 83
 Fry, Leslie, 266
 Froberger, Josef, 33-34, 39, 185
 Fuente (de la), Jesús, 47
- García Sánchez, Narciso, 21, 57, 83, 94, 120, 170, 184
 García Prieto, Manuel, 48
 Gil-Robles, José María, 27, 51, 75-76, 80-81, 93, 99, 104, 110, 112, 126-128, 226, 239, 303
 Giménez, Francisco, 65
 Giménez Caballero, Ernesto, 4, 56, 87, 94, 110, 114, 214, 224
 Girón de Velasco, José Antonio, 139
 Goicoechea Cosculluela, Antonio, 89, 107, 198, 200
 Gómez Ayllón, Víctor, 83
 Ginsberg, Asher (Ahad Ha'am), 266
 González de Careaga, José María, 64
 Graciet, Mariano, 124
 Graves, Philipp, 264, 266
 Gutiérrez Palma, Emilio, 57, 83, 106, 117, 261
- Hedilla Larrey, Manuel, 122, 128, 212, 282
 Herrera Oria, Ángel, 4, 23, 28, 33-34, 37-39, 50-53, 56, 81, 130, 184-186, 193, 198, 226, 249
 Herrera Oria, Enrique, 23, 29, 34
 Herrera Oria, Luis, 33, 152
 Hitler, Adolf, 5, 35-36, 76, 78, 87, 92, 167, 209, 214, 220, 241, 247, 253, 260-261, 264, 268-269, 277, 287
 Hueso, José María, 81
- Iglesia (de la), Anselmo, 137, 142
 Íscar Alonso, Agustín, 32, 38, 47
 ITO (seudónimo), 83
- Jiménez de Asúa, Luis, 131
- Laín Entralgo, Pedro, 217
 Lambelin, Roger, 6, 263, 265
 Largo Caballero, Francisco, 122-123
 Ledesma Ramos, Ramiro, 4-5, 56, 58, 60, 64-66, 68-69, 71, 73-74, 79, 80, 82-83, 85-90, 92-94, 97, 99-106, 108-118, 120, 152, 157-159, 164, 172-174, 176, 180-181, 183-184, 188, 200-203, 205, 207-210, 213-214, 216-218, 224-228, 232-233, 235-236, 242, 256, 260-261, 263, 274, 278, 282-284, 288-289
- León XIII (Papa), 161, 167, 191, 250
 Lequerica, Julio Félix, 64
 Lerroux García, Alejandro, 48, 62, 94-95, 97, 112, 188
 Luna Menéndez, José, 122
- Machado Ruiz, Antonio, 22
 Macià i Llussà, Francesc, 60, 68, 161, 172-173, 176, 178-179, 266
 Madariaga y Rojo, Salvador, 80
 Mangada Rosenörn, Julio, 150-151
 Martín Alonso, Eduardo, 19, 21, 41, 148
 Martín Alonso, Luis, 47
 Martín Alonso, Francisco, 77
 Martínez Barrio, Diego, 95, 97
 Martínez de Bedoya, Javier, 55, 57, 71, 82-84, 87, 91, 94, 99, 101, 104-106, 114-115, 117, 151, 226, 231, 263, 265
 Marx, Karl, 22
 Marqués de Quintanar, 198
 Maeztu (de), Ramiro, 4, 22, 66-67, 76, 85, 168, 188, 198, 267
 Mateo, Manuel, 114, 122
 Maura Gamazo, Gabriel, 20, 48
 Maurín Juliá, Joaquín, 174
 Menéndez Pelayo, Marcelino, 3, 13, 22-23, 66-67, 161, 179, 183, 189, 192, 198, 232, 255, 263, 269, 286
 Menéndez Pidal, Ramón, 23
 Misol Matilla, Juan, 82-83, 86, 88, 93
 Montero Díaz, Santiago, 68, 102-104, 109, 217
 Montero, Matías, 206
 Montes, Eugenio, 117
 Montesquieu, Charles, 22, 264
- Nieto Calvo, Luis Julián, 139, 142
 Nilus, Sergio (Sergei Aleksandrovich), 263-26, 266
- Ortega y Gasset, José, 22, 56, 158, 163, 197, 224, 232, 273, 286
 Ortega Pico, Juana, 11-12
- Pemán y Permartín, José María, 200
 Perales, Narciso, 140

- Pereda, Rosario, 127-128, 136
Perdiguero, Gerardo, 137, 140, 142, 183
Prat de la Riba, Enric (Enrique), 172, 178-179
Prieto Tuero, Indalecio, 178
Primo de Rivera, Fernando, 140, 143
Primo de Rivera, José Antonio, 4, 83, 87, 90-91, 99-100, 103, 104, 106-130, 132, 137-138, 140, 142, 150, 157-159, 180-181, 194, 201-203, 206-210, 213, 222-223, 229, 232-233, 242, 256, 261, 277-278, 282, 284, 288, 304-305
Primo de Rivera, Miguel, 19, 20-21, 23, 39, 49, 76, 158, 186, 198, 221-222, 261
Primo de Rivera, Pilar, 152
Pulido Fernández, Ángel, 251, 255, 264
- Redondo Inglesias, Buenaventura, 11-12
Redondo Ortega, Andrés, 12, 14, 18, 23, 25-28, 32-34, 38, 40-42, 59, 75, 81-82, 134, 136, 141, 145, 148-149, 151
Redondo Ortega, Víctor, 12-14, 18, 25, 32
Renan, Ernest, 22-23, 198, 263
Ridruejo Jiménez, Dionisio, 152, 184, 217
Ricardo, David, 22
Rodríguez Roldán, Francisco, 46-47, 50
Rolão Preto, Francisco, 85, 101, 288
Rosenberg, Alfred, 258
Rousseau, Jean-Jacques, 22
Royo Villanova, Antonio, 51, 77, 98, 172-173, 176-177, 179
Ruiz de Alda, Julio, 64, 104-106, 110, 119, 122, 127-128, 132, 207, 305
- Saint-Simon, Henri, 22, 263
Sainz Nothnagel, José, 122
Sainz Rodríguez, Pedro, 108, 164
Salas Pombo, Diego, 90
Salazar, Alejandro, 122
Salazar Oliveira, Antonio, 84
Salazar Urrizola, Felipe, 78-79
Salcedo Ciervide, Jesús, 140, 142, 148-149
Saliquet Zumeta, Andrés, 145, 211
Sánchez Mazas, Rafael, 87, 105, 110, 122
Sandróniz, José Antonio, 64
Sanjurjo Sacanell, José, 73, 78, 176, 201, 266
Santarromana (prelado), 187
Santiago Marquina, Félix, 83
Sanz-Bachiller, Mercedes, 12, 36, 41-42, 44-45, 47, 79, 82, 106, 129, 133-136, 138, 141-143, 150-151, 260, 285, 303, 305
Sardinha, António, 84-85, 101
Sastre, Agustín, 148-150
Sebastián Herrador, Mariano, 52, 57
Senador Gómez, Julio, 162-164
Serrador Santés, Ricardo, 146, 211
Serrano Suñer, Ramón, 152
Servet (Servetus), Miguel, 23
Sieyès, Emmanuel, 22
Smith, Adam, 22
Sorel, Georges Eugène, 22, 196-198, 249, 263
Soriano Díaz, Eloy, 91
Suevos y Leopoldo Panizo, Jesús, 122
- Tobalina, Mariano, 139
Tovar Llorente, Antonio, 217
Tusquets Terrats, Juan, 6, 265-267
- Unamuno, Miguel, 22, 175, 197, 273, 286
Urbina (de), José Ignacio, 252
Ulshöfer, Ernst, 36
- Villanueva de la Rosa, José, 83, 231
Volpicelli, Arnaldo, 166
- Wagner, Robert, 35-36



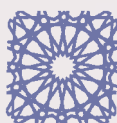
Onésimo Redondo Ortega (1905-1936) ha sido y sigue siendo un personaje incómodo. Lo fue a lo largo de su corta pero intensa trayectoria política durante los convulsos años de la II República, lo volvió a ser durante el franquismo al ser incluido en el panteón de los «caídos por Dios y por España», y lo es hoy al haberse convertido en un auténtico desconocido. Sin embargo Onésimo Redondo fue mucho más que un simple agitador político o un antecedente —hasta cierto punto— del franquismo. El conocido como el ‘Caudillo de Castilla’ fue un representante de la doctrina nacionalsindicalista y uno de sus principales defensores; junto con Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera, es considerado el tercer ‘padre fundador’ del fascismo español y el promotor de esta ideología en su región natal, Castilla.

Esta obra pretende profundizar en las razones de su largo y sorprendente olvido. Se acerca a su pensamiento, a su compromiso con el mundo tradicional y católico de la España rural, o a su obsesión por el mito del contubernio judeo-masónico-bolchevique. El libro pretende sacar a la luz no sólo las facetas más polémicas de su radicalismo político y social, sino también investigar a un autor —gracias a la ingente cantidad de material inédito hallado en tiempos recientes— que contribuyó a generar un pensamiento en el que creyó firmemente. Onésimo Redondo ha sido, de los máximos representantes del fascismo español, el «Caudillo Olvidado». Por fin este libro le presta la atención que merece.

ISBN 978-84-9045-498-5



9 788490 454985



COMARES
editorial